

DISCURSO INAUGURAL
DEL
ENCUENTRO NACIONAL ECLESIAL CUBANO

Mons. Adolfo Rodríguez
Obispo de Camagüey
Presidente de la Conf. Epis. de Cuba

Discurso pronunciado por el Presidente de la Conferencia Episcopal de Cuba, y obispo de Camagüey, en nombre de los obispos cubanos.

Cuando en 1979 Mons. Azcárete, con ocasión de unas convivencias sacerdotales en El Cobre, que trataron precisamente el tema de la Esperanza, propuso el proyecto de una reflexión nacional, que él mismo denominó entonces "de quijotada", nadie pudo imaginarse en aquel momento que aquella "quijotada" iba a convertirse un día en realidad; y que aquella titubeante idea iba a ser la chispa primera de una gran hoguera espiritual que envolvería a toda nuestra Iglesia cubana, y de la que hoy, nosotros, aquí reunidos, somos como una prueba. Verdaderamente, lo que alguna vez ha sido pensado, es ya desde este momento una realidad.

Ya desde aquel momento fue una realidad este ENEC que se celebra hoy aquí, providencialmente dentro de este Año Internacional de la Paz; a los XX años del

Concilio Vaticano II; en el 50 aniversario de la Coronación canónica de la Virgen de la Caridad del Cobre; en momentos en que una cruz que nos entregó el Papa y que es réplica de la primera cruz que en 1514 se plantó en tierra americana, recorre nuestra Isla y hace un alto aquí para presidir esta Asamblea; y en el 133 aniversario de la muerte del P. Varela, el cubano de quien se dijo que mientras se piense en Cuba, se pensará en el primero que nos enseñó a pensar.

Aquí se encuentran hermanos de Pinar del Río y de La Habana, de Matanzas y de Cienfuegos-Santa Clara, de Camagüey, Holguín y Santiago, en un extraño encuentro que no reúne pinareños con holguineros, santiagueros con villaclareños, laicos con sacerdotes, sino católicos cubanos a secas, sin divisiones artificiales, que vienen trayendo algo de sus vidas para buscar juntos cómo puede la Iglesia construir en Cuba la comunión con Dios y con el pueblo cubano del que formamos parte.

Detrás de cada sacerdote presente están todos los sacerdotes de Cuba ausentes; detrás de cada religiosa presente, están todas las religiosas de Cuba ausentes; detrás de cada laico, hombre o mujer, joven, adulto, obrero, campesino, profesional, estudiante... están todos los laicos cubanos católicos. A ellos los representamos; a ellos nos debemos; sin ellos nuestra presencia aquí no tiene sentido. Menos aún lo tendría al margen de ellos o contra ellos: contra sus anhelos, sus expectativas, sus opiniones, sus esperanzas que no podemos defraudar.

Largo y no fácil ha sido el camino de estos cinco años de Reflexión Eclesial para una Iglesia con muchos problemas, de sólo 200 sacerdotes, con medios escasos, recursos pobres, elementos sencillos; pero que, a pesar de sus limitaciones, ha logrado realizar este acontecimiento verdaderamente histórico; una Iglesia que no puede decirle al Señor, y menos en este día: "Señor, tú anosotros no nos has dado nada", porque este encuentro nos prueba que nos ha dado el milagro mayor, el más misterioso y difícil, el llamado "milagro de las manos vacías", que son las manos capaces de dar aun lo que no tienen. La primera sorprendida por este Encuentro y por este Documento

de Trabajo, ha sido la misma Iglesia.

Los dos ejes orgánicos del ENEC

El ENEC nació con dos ilusiones fundamentales en su corazón: la ilusión de ser imagen fiel de nuestro Maestro, Jesucristo, de quien la Iglesia es inseparable porque de El recibe su esencia y su existencia y con ellas su misión; de quien es sacramento universal de salvación porque ella ocupa el lugar de El sin desplazarlo.

Y nace también con la ilusión de servir mejor a nuestro pueblo cubano: a su felicidad, a su unidad nacional, a su progreso, a su salud espiritual. Este pueblo con quien compartimos su carácter y su historia, sus sacrificios y esperanzas; sus peligros y problemas. Este pueblo a quien, como cristianos, tenemos algo que aportar que entronca con las raíces mismas de nuestra nacionalidad cristiana, mestiza, isleña y cubana.

Estas dos actitudes de fidelidad a Cristo y fidelidad a Cuba, quieren ser los ejes orgánicos de nuestro ENEC, y en esta inauguración, los Obispos de Cuba, en cuyo nombre hablo, y cuyos sentimientos expreso, quieren exhortar con sincero afecto a todos a actuar siempre en sintonía con esta intuición que está en el origen mismo del ENEC.

El ENEC como celebración

Durante estos cinco años hemos oído repetir a sacerdotes, religiosas y laicos, con mucha insistencia, que el ENEC no debe ser una reunión más sino una celebración, en esa fiesta que es de todos los cubanos, porque la historia demuestra que cuando la Iglesia está contenta, los pueblos están contentos también.

Una celebración que proclama su fe en Cristo, en quien creemos más que en todo; incluso más que en este mismo ENEC. En El, en sus palabras y hechos, queremos buscar juntos nuestras actitudes de Iglesia para hoy y para aquí. El ENEC no puede tener otra intención que la de seguir la misma ruta de Cristo, que es el mismo siempre, pero tiene mil modos diferentes de llamar a su Iglesia para que cumpla su misión en este mundo, conociendo

todas las posibilidades, aún las más dolorosas, hasta que llegue a su plenitud.

Una celebración que proclama nuestra fe en el Evangelio como la gran noticia para cualquier hombre por muy vulnerable que sea, porque este Evangelio nos da la prueba del amor del Padre, tal como lo describe la parábola del Padre misericordioso.

Una celebración que proclama lo que Pablo VI llamaba: "la fe en el hombre y en la fuerza innata del bien", que es más fuerte que el mal, como el amor es más fuerte que el odio; como la vida es más fuerte que la muerte.

Una celebración que proclama, sin bajar de pena la cabeza, el respeto a nuestra identidad cristiana, como hizo el hombre del tesoro del Evangelio que, para no perderlo, está dispuesto a perderlo todo.

Una celebración, en fin, que proclama nuestra fe en la Iglesia, pero no en la Iglesia abstracta, teórica, ideal, planetaria, de meras palabras teológicas; sino en la Iglesia concreta, práctica, real, que se llama la Iglesia de Dios en Cuba, hermosa o arrugada, contenta o apenada; santa y a la vez pecadora, perfecta y a la vez perfectible; por tanto, una Iglesia juzgada continuamente por el Evangelio y llamada continuamente a la conversión y a la santidad de vida, a cuyos méritos nosotros apelamos todos los días cuando le decimos al Señor: "Señor, no mires nuestros pecados sino la fe de tu Iglesia".

Las claves del ENEC

Una Iglesia que quiere ser misionera porque si no lo fuera sería como una secta que va derechamente al fariseísmo y dejaría de ser la Iglesia. Una Iglesia que quiere ser signo de comunión, porque si no lo fuera sería como un Arca de Noé, con una parejita de cada especie, y dejaría de ser la Iglesia. Una Iglesia que quiere ser encarnada porque si no lo fuera, entonces sí sería "opio del pueblo" y dejaría de ser la Iglesia.

Y si como lo han intuído todas las Asambleas Diocesanas, nuestra Iglesia en Cuba quiere ser misionera y quiere

ser signo de comunión, entonces la Iglesia cubana tiene que ser necesariamente la Iglesia de la apertura, la Iglesia de la mano extendida y de las puertas abiertas, la Iglesia del perdón, la Iglesia de la diaconía. La Iglesia que "lava los pies" como el Maestro (Jn. 13,5), que "camina dos millas con el que le pide caminar una; que da el manto también al que le pide la túnica y que pone la mejilla izquierda al que le pega en la derecha" (Mt. 5,39), es decir, la Iglesia que sale en esta vida siempre con algo inesperado: la serenidad, la comprensión, el amor.

Cuando leemos el Documento de Trabajo nos parece que no se trata propiamente de buscar en este ENEC criterios nuevos, principios nuevos; nos bastan los de siempre, que son los que vienen del Evangelio y que son los que precisamente vienen de las Asambleas Diocesanas. Se trata, más bien, de buscar cómo aplicarlos pastoralmente a la realidad concreta nuestra.

Se trata de que toda la enorme experiencia de fraternidad, de servicio, de unidad, de solidaridad, de alegría, de esperanza contra toda esperanza... que llevamos 27 años viviendo intraeclesialmente, la abramos a todos los demás y la brindemos para que los hombres se sirvan de esta experiencia en la medida en que su libertad personal lo reclame.

Cuando leemos las "líneas de fuerza" de nuestras Asambleas Diocesanas, comprobamos que nuestros católicos no han hecho otra cosa que cambiar acentos, enfatizar aspectos, renovar perspectivas, leer signos nuevos dentro de una fundamental continuidad con el pasado y con el Evangelio para cumplir mejor nuestra misión en esta tierra cubana que es la tierra buena del Evangelio donde basta tirar la semilla para verla crecer y florecer.

Nuestros cristianos optaron desde el primer momento por el diálogo cuando el diálogo todavía no era más que una nostalgia. Optaron por la apertura cuando las puertas parecían estar cerradas y las cortinas bajadas; optaron por la evangelización cuando no íbamos en nuestra pastoral más allá del llamado "testimonio silencioso"; op-

taron por la encarnación cuando se decía que la religión no puede formar ciudadanos buenos porque su carácter sobrenatural los hace sospechosos en asuntos de carácter natural.

Por tanto, ningún acontecimiento anterior al ENEC tuvo que cambiar precipitadamente el giro de las opciones originales de los católicos cubanos, como ningún acontecimiento posterior al ENEC, sea adverso, sea favorable, debiera cambiar esta voluntad unánime y esta intuición evangélica de los católicos cubanos que dijeron: sí a la apertura, que abra espacios nuevos al Evangelio; sí al diálogo, que sea sincero y realista, hacia afuera y hacia dentro; sí a la encarnación, que sea no como dogma abstracto; sí a la evangelización... como también dijeron sí al respeto irrestricto a la propia identidad cristiana. Si nada hubiera sucedido en el camino del ENEC, aquel ENEC hubiera sucedido exactamente igual a este ENEC. Cualquier signo posterior o anterior, no haría más que reformular lo ya formulado, reexplicitar lo ya explicitado.

Algunos presupuestos

Antes de empezar nuestra Asamblea, los Obispos consideramos conveniente recordar o clarificar tres puntos, que no son propiamente nuestros, porque vienen del mismo sentir de las Asambleas Diocesanas:

1. El ENEC no va detrás de un Documento deslumbrante, aunque habrá un documento que pertenecerá al tesoro de la Iglesia cubana y en el que la Iglesia cubana quiere inscribir su acción pastoral. El ENEC tampoco va detrás de una fiesta, aunque es una celebración festiva de la Iglesia.

El ENEC nació como un espíritu nuevo en nuestra Iglesia y este espíritu es más importante que los papeles y que la fiesta. El ENEC cumplirá realmente su objetivo cuando este espíritu penetre en el corazón de la Iglesia, en su vida, instituciones y personas. El ENEC es el pulmón de la Iglesia cubana, la conciencia reflexiva de la Iglesia cubana, la respuesta de la Iglesia cubana

bajo la inspiración docente 'del Espíritu Santo a las necesidades nuevas; y este espíritu es el que evitará la parálisis, la anarquía y la falsificación en nuestra acción pastoral, que es el objetivo priorizado de esta reflexión.

De más está decir que el ENEC tampoco debe pasar a la historia como un juicio, que pertenece sólo a Dios. No es seguro que un hombre o una institución o un sistema puedan cambiar desde fuera el rumbo de otro mediante la fuerza o mediante la condena. Todavía pesan en la memoria el recuerdo costoso de épocas en que prendimos combatir el error mediante la Inquisición, y no dió resultado. Después, mediante el "anathema sit", y no dió resultado. Luego, mediante el Índice, y no dió resultado. Después, mediante el Santo Oficio, y no dió resultado. Finalmente, mediante la apologética, y tampoco dió resultado.

En medio de la verdad o de la eficacia no se puede abdicar del amor y "el amor aventaja siempre al juicio" (Stgo. 2,13).

2. El ENEC significa sólo una etapa intermedia, orientada hacia otras etapas intermedias también, hasta la meta que nos trasciende y que trasciende a la Iglesia misma. No es un final sino un nuevo comienzo. Quiere ser profético, sugerente y programático: mirando a largo plazo. Por tanto, la intuición profunda del ENEC hay que realizarla en la paciencia de la Iglesia, que espera siempre, aun en la noche.

Dios no lo da todo en esta vida. Y el ENEC tampoco. Nada en esta vida es hasta hoy y desde hoy; la vida se teje de pasos y el ENEC también. No puede el ENEC tratarlo todo, agotarlo todo, resolverlo todo. Lo único que el ENEC puede, es cumplir lo que enseñó el Señor: "Caminar hoy el camino de hoy y mañana el de mañana, sin pretender ver el camino entero".

La pregunta está latente: ¿qué pasará históricamente con la Iglesia cubana después del ENEC? Tal vez mañana nos pueda parecer que no ha pasado nada; que el sol sigue saliendo; por donde ha salido siempre; que todo sigue igual.

Pero no seguirá igual: como en la bendición del ministro, como en la consagración de la Eucaristía, que parece que no ha pasado nada, pero sí ha pasado.

Se puede fallar en esta vida por ir despacio, pero se puede fallar también por ir de prisa. Este es el primer ENEC. ¿Por qué tiene que ser el último? Los católicos cubanos tienen fama de ser muy generosos, y siempre será más fácil pedirle paciencia a los generosos que pedirle generosidad a los impacientes.

3. Si alguien tuviera aquí alguna preocupación por el clima que reinará en esta Asamblea, es porque ha olvidado muchas cosas. Ha olvidado el clima que reinó en las Asambleas parroquiales, vicariales, zonales y diocesanas durante cinco años. Ha olvidado que somos cubanos, hijos de este pueblo educado en tradiciones muy liberales y muy tolerantes, capaz siempre de oír, capaz siempre de atender, capaz siempre de respetar.

Habría olvidado la calidad humana y espiritual de nuestros sacerdotes, religiosas y laicos cubanos, de quienes la Iglesia se siente muy orgullosa, capaces de elaborar un Documento de Trabajo como éste, que es el más eclesial y a la vez el menos clerical de nuestra historia cubana.

Son muchos los motivos para asegurar de antemano que aquí nadie viene a oírse a sí mismo, a pescar para sí, a tocar trompetas precipitadas en esta hora que no es de clarinadas sino de coherencia, de realismo y de servicio.

Muchos son los ojos del mundo entero puestos hoy en la Iglesia cubana que parece convertida en este momento como un eje universal. Y es que Cuba, su Iglesia, su Estado, sus hombres, tenemos una oportunidad y responsabilidad compartida de ayudar a una evolución general del mundo.

Tenemos confianza en Dios, pero tenemos también confianza en ustedes. Durante estos 27 años la Iglesia cubana ha puesto en las manos de los laicos las cosas más queridas y más santas; las cosas a las que la Iglesia le da la máxima importancia: les puso en las manos la Eucaristía para que la llevaran a los enfermos; les puso en las manos la Sagrada Escritura para que la leyeran en

la Asamblea; les puso en las manos las celebraciones de la Palabra para que las presidieran; les puso en las manos la economía de las parroquias para que las administraran. Con la misma confianza, la Iglesia cubana les pone ahora en las manos su futuro, segura de la responsabilidad y seriedad, de la serenidad y coherencia, de la obediencia y objetividad de Ustedes.

La buena voluntad de la Iglesia se prueba en admitir la diversidad en la unidad y la igualdad en la diversidad, bajo esta regla universal de oro de la Iglesia: *In certis unitas, in dubiis libertas, in omnibus charitas*. (En las cosas ciertas: unidad; en las cosas dudosas: libertad; en todas las cosas: caridad).

La reflexión del corazón

Hermanos: necesitamos reflexionar en este ENEC con la cabeza pero sin ahogar las razones del corazón. Primero, porque el Señor nos enseñó a ver con el corazón lo esencial, lo profundo, y se queja cuando el hombre piensa sólo con la cabeza: "no hay quien piense con el corazón", dice Isaías; pero, además, porque el lenguaje del corazón es más fácil de entender a todo hombre, particularmente al hombre cubano, que es cordial, afectivo, sentimental, poco vengativo, poco rencoroso, que no guarda mucho tiempo las cosas, como reflejaron las encuestas preparatorias del ENEC.

Nadie encontrará en el Documento de Trabajo el espíritu de revancha, el resentimiento y la recriminación, las ganas de insistir en las heridas o el vocabulario férreo del hijo mayor de la parábola. Tampoco encontrará la estrategia fría, ni la doblez de intenciones, ni el cálculo egoísta, ni los compromisos falsos ni las formas prepotentes.

Tampoco el angelismo cándido, el triunfalismo vacío, el acomodamiento insincero o el optimismo simplista del que se pone algodones en los oídos para encubrir nuestros propios errores y para desconocer los errores de los demás.

El Documento de Trabajo no quiere alentar más el miedo que paraliza, la desconfianza que lastra, la cobardía que disfraza o el complejo que inhibe... No cae en el error de reduccionismos en materia de fe, poniéndola al lado o frente o en competencia con otras ideologías como si la fe fuera una experiencia reductible a cualquier otra experiencia humana.

No aspira nuestro ENEC a una reconquista de poderes, a un rescate de posiciones, favores o privilegios para la Iglesia. La Iglesia no quiere otra cosa que el espacio necesario para cumplir su misión; para dar también su juicio ético, moral, no político, aun sobre problemas no estrictamente religiosos, pero sí humanos, lo cual no constituye un privilegio sino un derecho y un servicio: el derecho que tiene el hombre a recibir la palabra de Dios y a iluminar toda su vida con la luz de esa Palabra. La Iglesia quiere anunciar, en franca amistad, su fe a todos los hombres, aún a aquellos que la consideran enemiga, porque ella no quiere sentirse enemiga de nadie. La Iglesia, en fin, espera que la fe deje de ser aquí un problema, una debilidad o un diversionismo ideológico y que el futuro no se parezca al pasado.

Y para llegar a esto, la Iglesia no tiene otro modo y otro lenguaje que el modo y el lenguaje del corazón.

La esperanza de la Iglesia.

El Espíritu nos va a conducir por sus caminos, que no son nuestros caminos, a esa imitación cada vez más fiel de Jesucristo y a esa comunión cada vez más estrecha con nuestro pueblo cubano, con quien compartimos un mestizaje de fe, cultura y raza, y compartimos la dicha de haber nacido aquí.

Los cubanos, por nuestro carácter, somos capaces de construir cualquier cosa en común; y en común vamos a construir este camino del Espíritu, felicitándonos por tantas cosas que salen bien en nuestra Patria y preguntándonos qué podemos humildemente hacer para que las que salen mal, salgan bien. Abierta a la imprevisibilidad del Espíritu, la Iglesia cubana quiere ser la Iglesia de

la esperanza: que recuerdá el pasado, vive el presente y espera el futuro.

Tenemos una esperanza y queremos dar palabras de esperanza a los que las pidan, a los que las necesiten, a los que han fijado sus miras sólo en lo terreno como límite a sus aspiraciones humanas y sienten como que les falta algo. No tenemos ni la primera ni la última palabra de todo, pero creemos que hay una primera y última palabra de todo y esperamos en Aquel que la tiene, el Señor. En El miramos con serena confianza el futuro siempre incierto porque sabemos que mañana, antes que salga el sol, habrá salido sobre Cuba y sobre el mundo entero la Providencia de Dios.



CARTA DE LOS DELEGADOS DEL ENEC

AL PAPA JUAN PABLO II

La Habana, 23 de febrero de 1986.

S.S. Juan Pablo II
Sumo Pontífice de la Iglesia
Roma

SANTO PADRE:

Los Delegados al Encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC), al finalizar estos días de gracia y de esperanza, hemos querido compartir con Ud. la alegría que desborda nuestros corazones y la Acción de Gracias que brota de cada uno de nosotros.

Presididos por la "Cruz de la Evangelización", que nuestros Obispos recibieron de sus manos al iniciarse el "novenario de años", preparatorio del 5to. Centenario de la Evangelización, y durante una semana, Obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos nos hemos reunido para (como Ud. mismo nos pidiera a través de nuestros Obispos) "hacer un acertado discernimiento de la misión de la Iglesia en el contexto socio-económico-político concreto en que vive", esto es para descubrir los nuevos caminos del Evangelio en nuestra Patria y para compartir la presencia luminosa del Resucitado, en la plena certeza del don por excelencia del Espíritu.

Dios se nos ha revelado en estos intensos días como "Señor de la Historia", que actúa incluso en aquellos acontecimientos en los que, en ocasiones nos costó descubrir la presencia de su mano. Proclamar y tener a Dios como único Señor es para nosotros la condición misma de nuestra identidad, de nuestra libertad y de nuestra esperanza, porque "Sólo Dios basta".

Pero además, hemos descubierto a Dios en Jesús, pobre y solidario, fraternalmente encarnado en medio de los hombres; que sabe compartir penas y alegrías, frustraciones, luchas y esperanzas. Hemos descubierto en medio nuestro a Jesús, amigo y servidor, que nos llama a continuar sus pasos; nos sentimos convocados para ser "manos, voz e imagen" de ese Jesús "que pasó por el mundo haciendo el bien", que "vino no a ser servido, sino a servir", a "dar su vida en rescate por todos".

Hemos sido testigos exultantes y asombrados de la presencia viva del Espíritu: Una nueva efusión del Amor que derriba fronteras "y levanta testigos en las plazas"; de ese Amor que perdona y asume, que reconcilia y salva. Sí, el Espíritu nos ha hecho creer en la fuerza invencible del Amor y queremos dar testimonio de lo que "hemos visto y oído", ante Ud., ante nuestros hermanos católicos a quienes hemos representado en el Encuentro, y ante todo nuestro pueblo: la buena noticia de que Dios salva, libera y restaura.

Ante Ud. que representa para nosotros el signo de la Unidad y del Amor a la Iglesia, queremos proclamar nuestra fidelidad inquebrantable a la Sede de Pedro y nuestra profunda Comunión con la Iglesia Universal y con la Iglesia latinoamericana. Queremos hacerle saber la inmensa alegría que sentimos de sentirnos "hijos de la Iglesia", miembros activos del Cuerpo de Cristo. Este es un don que nunca mereceremos y que por esto mismo agradecemos más.

Santidad, la clara conciencia de nuestra pequeñez y pobreza, la desmesura existente entre lo que somos y lo que estamos llamados a hacer es tal, que el mirarlo con ojos humanos bastaría para justificar el desaliento y la inacción. Pero a los ojos de Dios lo imposible y lo increíble se torna en realidad. Por eso, con una renovada confianza en el Dios que nos salva nos disponemos a convertir en realidad nuestro sueño: llevar a nuestro pueblo la Palabra de Dios; dar a tantos corazones cansados y agobiados la luminosa fortaleza que brota de la Cruz y se hace realidad en el Amor. Por eso, al acabar nuestro Encuentro, y mirando más allá del horizonte, nos parece

descubrir la hora de la misión pascual, de esa Iglesia renovada en el Espíritu, cuyas primicias hemos vivido en estos días.

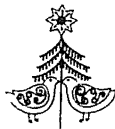
Santidad, hemos recibido la noticia de que por Decreto de la Sagrada Congregación de la Causa de los Santos ha sido aceptada la introducción del proceso de canonización del Padre Félix Varela en el Tribunal de San Cristóbal de la Habana. El Padre Varela es uno de los más grandes hombres de la Patria, uno de los más fieles hijos de la Iglesia en Cuba. Con qué renovada fuerza recordamos hoy el mensaje que nos dejara como testamento espiritual al decirnos "que no hay Patria sin virtud ni virtud con impiedad". En nombre de todos los cubanos reciba Ud. nuestra más profunda gratitud.

No podemos terminar esta carta sin agradecerle que nos haya enviado como representante personal en este Encuentro, al Emmo. Cardenal Eduardo Pironio, un hombre de Dios y cuya presencia ha dado a nuestro Encuentro el tono contemplativo y esperanzado, sereno y confiado propio de las cosas de Dios. ¡Dios bendiga al Cardenal por su generosa y activa presencia entre nosotros!

Reciba Santo Padre, en esta carta, el recuerdo agradecido de sus hijos de Cuba, que ante la Madre común María de la Caridad del Cobre, al colocar el trabajo y las esperanzas de éstos días, colocan también su amor devoto y fiel al Sucesor de Pedro, amor que un día no muy lejano ansiamos poderle manifestar personalmente.

Pidiendo humildemente su Paternal bendición y asegurándole nuestras oraciones, le presentamos nuestra devota obediencia.

Delegados al Encuentro Nacional Eclesial Cubano.



MENSAJE FINAL
DEL
ENCUENTRO NACIONAL ECLESIAL CUBANO

En el despertar de un nuevo milenio, el tercero de la Era Cristiana, ya cercana la Celebración de los 500 años del comienzo de la Evangelización en el Nuevo Mundo.

A la luz del Concilio Vaticano II, Medellín y Puebla... La Iglesia Católica que peregrina en Cuba, después de un largo proceso de reflexión que ha abarcado a todas nuestras Comunidades, vive, en esta hora de gracia, una experiencia profunda de comunión con Dios que se manifiesta en exultante y esperanzada alegría.

Esa alegría brota del Amor del Padre, se revela en el sacrificio de Jesús y se hace presente por el don del Espíritu. Esa alegría exige ser generosamente compartida y gozosamente comunicada. Ella nos convoca en torno a la mesa del Pan y la Palabra, para realizar de forma fraterna la salvación de Dios en medio de los hombres.

Los católicos cubanos quisiéramos en esta hora de gracia y de verdad expresar la profunda solidaridad que nos une con todo nuestro pueblo, en fértil comunidad de historia y de destino, solidaridad que asumimos como un compromiso con Dios, Señor de esa Historia.

Dirigimos este Mensaje, en primer lugar, a todos aquellos que de una manera u otra han participado en este proceso de reflexión, oración y trabajo; a los miembros de nuestras Comunidades, a los hermanos con quienes compartimos la misma fe en Cristo y a todos los cubanos compatriotas y hermanos nuestros.

Queremos comunicar también nuestra gozosa experiencia en el Señor a todos los hermanos del Continente, hombres y mujeres de esta "América nuestra", de la que somos hijos y la brindamos también, sencilla y humildemente, a todos los hombres de buena voluntad que quieran escucharnos.

En estos días intensos y fecundos hemos sentido la solidaria solicitud de la Iglesia Universal, y en especial, de las más cercanas Iglesias locales de Latinoamérica y el Caribe, hecha presente entre nosotros en la persona del Emmo. Cardenal Eduardo Pironio, legado del que es signo y sacramento de unidad: el Supremo Pastor de nuestra Iglesia, el Papa, y de varios Obispos del área y de otras Iglesias hermanas que nos han acompañado.

Desde nuestro presente y deseosos de proyectarnos hacia el futuro, hemos ido descubriendo la Iglesia que queremos ser. Una Iglesia que renovando su vocación a la Misión y a la Palabra, lleve con denodado esfuerzo su Mensaje, porque el Mensaje para ser eficaz, debe ser comunicado...debe llegar a los demás.

Queremos ser:

Una Iglesia Misionera: que escucha con renovado empeño la voz de su Maestro que la llama a los confines de la tierra y la envía a predicar a todos. Iglesia que en razón de su misión establece con todos un diálogo "que nace en el silencio, madura en la Cruz y se expresa en la alegría Pascual"; consciente de que Dios es el Padre común, y su Señor, el Hermano Universal... Segura de que "el Espíritu sopla donde quiere".

Esta Misión exige de nosotros un esfuerzo de organización y de eficacia, eficacia que brota no de las solas fuerzas humanas, sino de la constante recurrencia a la oración. Esta Misión la cumplimos con un estilo renovado y audaz de presencia entre los hombres y de acción pastoral, en unidad pluriforme dentro del marco de la participación consecuente y de la responsabilidad actuante.

Queremos ser una Iglesia orante: abierta a la libre y liberadora acción del Espíritu, cuya oración brote de la conciencia profunda de su pobreza, de su necesidad de Dios.

Una Iglesia generosamente contemplativa, que tenga a Dios como único absoluto y que encuentre en el contacto profundo con la Palabra de su Señor la fuerza de la

unidad y el fuego de su amor. Una Iglesia que al llevar el Mensaje comunica su propia y profunda experiencia: proclamar y tener a Dios como único Señor, que es para nosotros la condición misma de nuestra identidad, de nuestra libertad y de nuestra esperanza, "Porque sólo Dios basta". Una Iglesia, por tanto, que con mirada limpia y corazón entero pueda contemplar de manera redentora con los ojos de Dios, al mundo de los hombres y de las cosas para llevarlos a su Verdad original integradora.

Queremos ser una Iglesia encarnada: que comparta con su pueblo las luchas y los logros, las angustias y los gozos; Iglesia pobre, desprendida del poder, deseosa de servir y que pone su confianza en la acción renovadora del Espíritu. Una Iglesia que con la libertad propia de los hijos de Dios se compromete en la edificación de la Civilización del Amor en el seno de una cultura mestiza en constante gestación, marcada por el signo y la presencia de la fe. Iglesia que quiere estar activamente presente en la realidad histórico cubana y latinoamericana con una clara y consecuente vocación de paz.

Con nuestros anhelos, nuestra mirada serena, gozosa, esperanzada, se vuelve hacia María, la Madre del Amor, la Madre de los pobres y sufridos en cuya tez morena nos vemos reflejados todos los cubanos. Queremos aprender de ella, Señora Nuestra de la Caridad, a mantener nuestro SI y a sufrir, como Ella al pie de la Cruz, cuando no quiso contarle al mundo su dolor, sino proclamarle con fuerza su esperanza.

